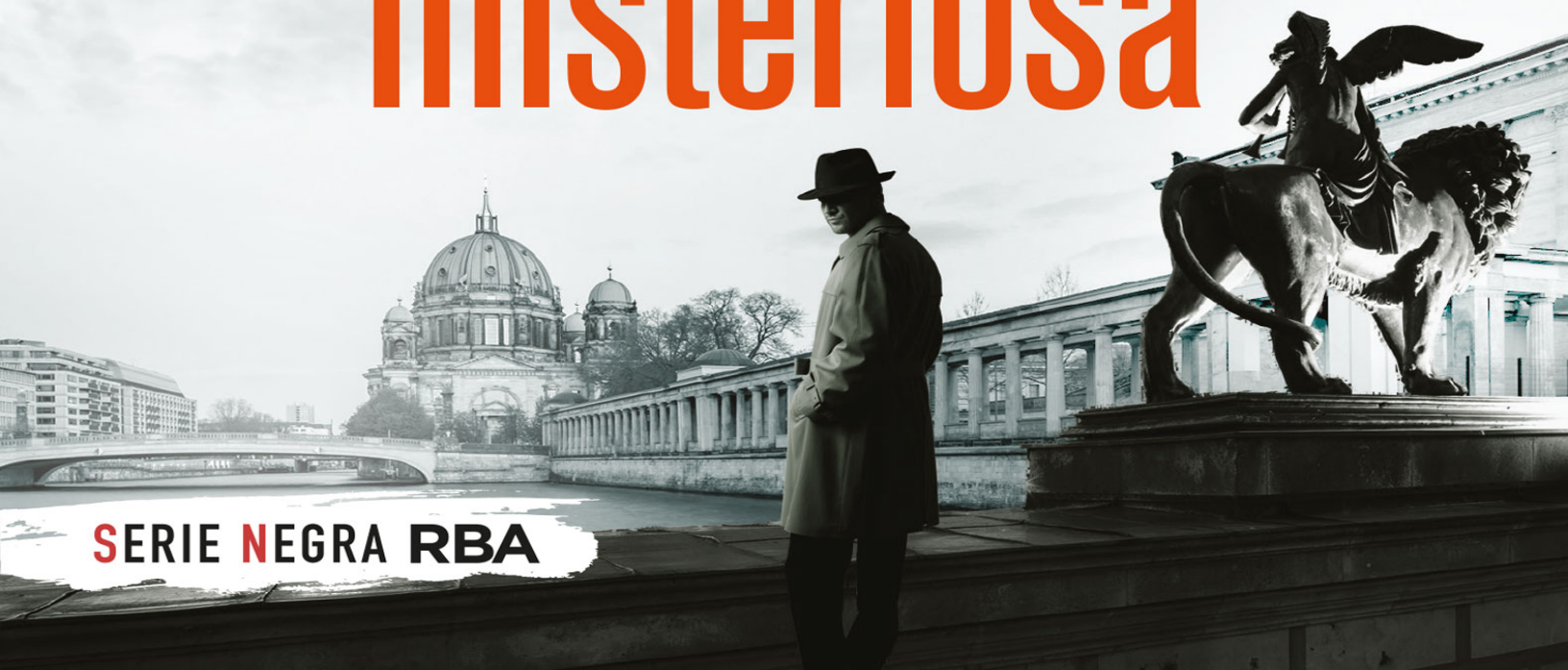


PHILIP KERR

Una investigación de
BERNIE GUNTHER

Una llama misteriosa

SERIE NEGRA RBA



PHILIP KERR

Una investigación de
BERNIE GUNTHER

Una llama misteriosa

SERIE NEGRA RBA



Título original inglés: *A quiet flame*

© Philip Kerr, 2008.

© traducción de Marta Pino Moreno, 2009.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

OEBO011

ISBN: 978-84-9867-730-0

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

- [1. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [2. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [3. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [4. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [5. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [6. BERLÍN. 1932](#)
- [7. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [8. BERLÍN. 1932](#)
- [9. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [10. BERLÍN. 1932](#)
- [11. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [12. BERLÍN. 1932](#)
- [13. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [14. BERLÍN, 1932 Y BUENOS AIRES, 1950](#)
- [15. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [16. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [17. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [18. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [19. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [20. BUENOS AIRES. 1950](#)
- [21. TUCUMÁN. 1950](#)
- [22. TUCUMÁN. 1950](#)
- [23. BUENOS AIRES. 1950](#)

24. BUENOS AIRES. 1950

25. BUENOS AIRES. 1950

26. BUENOS AIRES. 1950

NOTA DEL AUTOR

Para el desaparecido

El barco era el *SS Giovanni*, nombre que parecía pertinente, dado que al menos tres de los pasajeros, incluido yo mismo, habíamos pertenecido a las SS. Era un barco de vapor de tamaño medio con dos chimeneas, vistas al mar, un bar bien surtido y un restaurante italiano, cosa interesante para los aficionados a la comida italiana, aunque a mí, después de cuatro semanas en alta mar a ocho nudos por hora desde Génova, dejó de gustarme y por eso me alegré de desembarcar. O no soy muy marinero o algo no iba bien, aparte de la gente que me acompañaba en aquel viaje.

Arribamos al puerto de Buenos Aires por el grisáceo río de la Plata, circunstancia que nos dio ocasión de reflexionar, a mis dos compañeros de viaje y a mí, sobre la soberbia historia de la armada invencible alemana. En las profundidades del río, cerca de Montevideo, se encontraban los restos del *Graf Spee*, un acorazado de bolsillo invenciblemente hundido por su capitán en diciembre de 1939, para impedir que cayese en manos de los británicos. Según parece, fue el momento en que más se acercó la guerra a Argentina.

Atracamos en la dársena norte junto a la aduana. Una ciudad moderna de edificios altos de hormigón se expandía por el oeste, después de los kilómetros de ferrocarril y los almacenes y corrales donde empezaba Buenos Aires, lugar adonde llegaba en tren y se mataba a escala industrial el ganado procedente de las pampas argentinas. Hasta entonces, todo muy alemán. Después las reses se congelaban y expedían a todo el mundo. Las exportaciones de carne argentina de vacuno enriquecían al país y hacían

de Buenos Aires la tercera mayor ciudad de América, después de Nueva York y Chicago.

Los tres millones de habitantes se consideraban porteños —la gente del puerto—, nombre que suena gratamente romántico. Mis dos amigos y yo nos considerábamos refugiados, que suena mejor que fugitivos. Pero es lo que éramos. Con razón o sin ella, en Europa nos esperaba algo parecido a la justicia; los pasaportes de la Cruz Roja ocultaban nuestra verdadera identidad. Yo no era el doctor Carlos Hausner, del mismo modo que Adolf Eichmann no era Ricardo Klement, ni Herbert Kuhlmann era Pedro Geller. A los argentinos no les importaba. Les daba igual quiénes fuéramos o qué hubiésemos hecho durante la guerra. Aun así, en aquella mañana fría y húmeda de julio de 1950, parecía que teníamos que respetar todavía ciertas convenciones oficiales.

Dos agentes, uno de inmigración y otro de aduanas, subieron a bordo del barco y empezaron a interrogar individualmente a los pasajeros, solicitándoles la documentación. Aunque no les importaba quiénes éramos ni qué habíamos hecho, aparentaban muy bien lo contrario. El agente de inmigración, de tez color caoba, examinó el finísimo pasaporte de Eichmann y luego observó al propio Eichmann como si acabase de llegar del foco de una epidemia de cólera. No se alejaba mucho de la verdad. Europa se recuperaba de una enfermedad llamada nazismo que había matado a más de cincuenta millones de personas.

—¿Profesión? —preguntó el agente a Eichmann.

—Técnico —respondió Eichmann, con un temblor nervioso en su rostro de cuchillo carnicero, mientras se secaba con un pañuelo la frente. No hacía calor, pero daba la impresión de que Eichmann sentía un calor diferente al de cualquier persona que yo haya conocido.

Entretanto, se dirigió a mí el agente de aduanas, que despedía un olor a fábrica de puros. Sus narinas se ensancharon como si oliera el dinero que llevaba en la bolsa y separó el labio resquebrajado de los dientes de bambú con un gesto que pasaba por una sonrisa en su medio profesional. Yo llevaba en la bolsa unos treinta mil chelines austríacos, lo cual era mucho dinero en Austria pero no valía tanto al convertirlo en dinero real. Supuse que él no lo sabía. La experiencia me decía que los agentes de aduanas son capaces de cualquier cosa, menos de ser generosos o comprensivos cuando avistan grandes cantidades de dinero en metálico.

—¿Qué lleva en la bolsa? —preguntó.

—Ropa. Cosas de aseo. Algo de dinero.

—¿Le importa enseñármelo?

—No —respondí, aunque me importaba mucho—. No, claro.

Coloqué la bolsa sobre una mesa de caballete y me disponía a desabrocharla cuando un hombre subió corriendo la pasarela del barco, gritando algo en español y luego en alemán.

—¡Todo está en orden! Lamento el retraso. No es necesario todo este trámite. Ha habido un malentendido. Sus documentos están en regla. Lo sé porque los he preparado yo.

Añadió algo más en español sobre nuestra categoría de ilustres forasteros alemanes y, de inmediato, la actitud de los agentes cambió. Ambos se pusieron firmes. El agente de inmigración devolvió el pasaporte a Eichmann, dio un taconazo y dedicó el saludo de Hitler al hombre más buscado de Europa, un enérgico «Heil Hitler» que debió de oírse en toda la cubierta.

El rostro de Eichmann adquirió diversas tonalidades de rojo y, a semejanza de una tortuga gigante, se encogió en el interior del cuello del abrigo como si quisiera desaparecer. Kuhlmann y yo soltamos una carcajada al ver el bochorno de Eichmann cuando recogía el pasaporte y salía precipitadamente por la pasarela hacia el muelle. Todavía nos reíamos cuando entramos con él en el asiento trasero de un gran coche negro americano con un letrero en el parabrisas que decía: «VIANORD».

—A mí no me ha hecho ninguna gracia —dijo Eichmann.

—Claro —dije yo—. Por eso ha sido tan gracioso.

—Tenías que haber visto tu cara, Ricardo —dijo Kuhlmann—. ¿Por qué demonios habrá dicho eso? ¿Y precisamente a ti? —Kuhlmann se echó a reír otra vez—. ¡Sí, hombre, sí! ¡Heil Hitler!

—Pues no le salió nada mal —comenté—. Para ser un simple aficionado.

Nuestro anfitrión, que se había sentado en el asiento del conductor, se volvió en ese momento para estrecharnos la mano.

—Lo siento —le dijo a Eichmann—. Algunos agentes son un poco zopencos. Nosotros los llamamos igual que a los cerdos: *chanchos*. No me extrañaría que ese idiota creyese que Hitler sigue siendo el dirigente alemán.

—¡Ojalá! —murmuró Eichmann, mirando hacia el techo del coche—. ¡Ojalá lo fuese todavía!

—Me llamo Horst Fuldner —dijo nuestro anfitrión—. Pero los amigos en Argentina me llaman Carlos.

—Qué coincidencia —dije—. Así es como me llaman mis amigos en Argentina. Los dos.

Algunas personas bajaron por la pasarela y miraron con curiosidad a Eichmann por la ventanilla.

—¿Puede sacarnos de aquí? —suplicó Eichmann—. Por favor.

—Más vale que haga lo que le dice, Carlos —le expliqué a Fuldner—. Antes de que alguien reconozca a Ricardo y llame por teléfono a David Ben-Gurion.

—No se burlaría tanto si estuviera en mi piel —dijo Eichmann—. Los *jabones* no pararían hasta matarme.

Fuldner arrancó el coche y Eichmann se relajó al ver que nos alejábamos sin contratiempos.

—Ahora que menciona a los *jabones* —dijo Fuldner—, habría que pensar qué vamos a hacer si alguien los reconoce a ustedes.

—A mí nadie va a reconocerme —dijo Kuhlmann—. Además, los que me buscan son los canadienses, no los judíos.

—Lo mismo da —dijo Fuldner—. Después de los españoles y los italianos, los *jabones* son el grupo étnico más importante del país. Aquí los llamamos *rusos*, porque la mayoría de los que residen aquí vinieron para librarse del pogromo del zar ruso.

—¿Cuál? —preguntó Eichmann.

—¿Qué quiere decir?

—Hubo tres pogromos —dijo Eichmann—. Uno en 1821, otro entre 1881 y 1884, y el tercero empezó en 1903. El pogromo de Kishinev.

—En materia de judíos —comenté—, Ricardo lo sabe todo, excepto ser amable con ellos.

—Creo que es el pogromo más reciente —dijo Fuldner.

—Sí, es lo más lógico —dijo Eichmann, pasando por alto mi comentario—. El de Kishinev fue el peor.

—Fue entonces cuando vino la mayoría a Argentina, creo yo. Hay unos doscientos cincuenta mil judíos aquí en Buenos Aires. Viven en tres barrios principales, que les aconsejo que eviten a toda costa. Villa Crespo, en Corrientes, Belgrano y Once. Si en algún momento creen que alguien los reconoce, no pierdan la cabeza, no monten

ningún numerito. Mantengan la calma. Aquí los policías son torpes y no muy inteligentes. Como ese *chancho* del barco. Si hay algún problema, lo más probable es que los detengan a ustedes y al judío que los haya reconocido.

—Así que no es muy probable que haya pogromos aquí, ¿eh? —observó Eichmann.

—¡Oh, no! —dijo Fuldner.

—Gracias a Dios —dijo Kuhlmann—. Ya estoy harto de toda esa majadería.

—No hemos vuelto a vivir nada así desde la llamada Semana Trágica. Y fue algo más político que otra cosa. Por los anarquistas. En 1919.

—Anarquistas, bolcheviques, judíos, todos son el mismo perro —dijo Eichmann, que tenía un día inusualmente locuaz.

—Ya lo creo. Durante la guerra el gobierno emitió una orden que prohibía toda emigración judía a Argentina. Pero últimamente han cambiado las cosas. Los americanos han presionado a Perón para que suavice la política judía, para que los deje venir a asentarse aquí. No me extrañaría que hubiera multitud de judíos en el barco.

—Vaya, eso me tranquiliza —dijo Eichmann.

—No se preocupe —insistió Fuldner—. Aquí están a salvo. A los porteños les importa un comino lo que haya ocurrido en Europa, y sobre todo a los judíos. Además, nadie se cree ni la mitad de lo que ha salido en la prensa en inglés y en los noticieros.

—La mitad ya sería bastante —murmuré, intentando meter baza en una conversación que empezaba a contrariarme. Sobre todo era Eichmann el que más cargaba. Prefería al otro Eichmann. El que se había pasado las últimas cuatro semanas sin mediar palabra, callándose sus repulsivas opiniones. Era pronto para formarse una opinión sobre Carlos Fuldner.

A juzgar por su nuca lustrosa, me pareció que Fuldner debía de rondar los cuarenta. Hablaba alemán con soltura, pero se apreciaba un dejo dulce en su tono. Para dominar la lengua de Goethe y Schiller hay que afilar las vocales con sacapuntas. Le gustaba hablar, eso era evidente. No era alto ni guapo, pero tampoco bajo ni feo; era un tipo corriente, con un buen traje, buena educación y pulcra manicura. Le eché otro vistazo cuando detuvo el vehículo en un paso a nivel y se volvió para ofrecernos cigarrillos. Tenía la boca ancha y sensual, la mirada vaga pero inteligente y la frente alta como la cúpula de una iglesia. En un casting de cine lo escogerían para un papel de cura, o abogado, o tal vez gerente de hotel. Chasqueó el pulgar en un Dunhill, encendió un cigarro y empezó a hablar de sí mismo. Eso me gustó. Ahora que la conversación no versaba sobre los judíos, Eichmann miraba por la ventanilla con cara de aburrimiento. En cambio, yo soy de los que escuchan atentamente las anécdotas de mi redentor. Al fin y al cabo, por algo mi madre me mandó a catequesis.

—Nací aquí, en Buenos Aires, en una familia de inmigrantes alemanes —dijo Fuldner—. Pero durante un tiempo nos trasladamos a Alemania, a Kassel, donde estudié. Después del colegio trabajé en Hamburgo. En 1932 entré en las SS y fui capitán hasta que me trasladaron al SD para dirigir una operación de espionaje aquí en Argentina. Desde la guerra, varias personas y yo dirigimos Vianord, una agencia de viajes que se dedica a ayudar a nuestros viejos camaradas a escapar de Europa. Por supuesto, nada de eso sería posible sin la ayuda del presidente y su esposa, Eva. En 1947, durante el viaje que hizo a Roma para visitar al Papa, Evita empezó a ver la necesidad de ofrecer a hombres como ustedes la oportunidad de iniciar una nueva vida.

—Así que todavía hay cierto antisemitismo en el país, por lo que se ve —comenté.

Kuhlmann se rió, al igual que Fuldner. Pero Eichmann guardó silencio.

—Qué gusto volver a estar con alemanes —dijo Fuldner—. El humor no es una virtud nacional de los argentinos. La preocupación por su propia dignidad les impide reírse, sobre todo de sí mismos.

—En eso se parecen mucho a los fascistas —dije.

—Bueno, es algo distinto. Aquí el fascismo es sólo superficial. Los argentinos no tienen interés ni inclinación por ser auténticos fascistas.

—Puede que este país me guste más de lo que pensaba —dije.

—¡No me diga! —exclamó Eichmann.

—No me haga mucho caso, Herr Fuldner —le dije—. No soy tan furibundo como nuestro amigo de la pajarita y las gafas, que sigue sin aceptar la realidad. Si no me equivoco, todavía se aferra a la idea de que el Tercer Reich va a durar mil años.

—¿Usted cree que no?

Kuhlmann se rió.

—¿Siempre se ríe de todo, Hausner? —El tono de Eichmann era airado e impaciente.

—Sólo me río de las cosas que me hacen gracia —respondí—. No se me ocurriría reírme de algo importante de verdad si le molestase, Ricardo.

Sentí que los ojos de Eichmann me ardían en la mejilla y, cuando me volví hacia él, adoptó un gesto circunspecto y puritano en la boca. Por un instante siguió clavándome la mirada como si deseara apuntarme con un fusil.

—¿Qué hace usted aquí, Herr Doctor Carlos Hausner?

—Lo mismo que usted, Ricardo. Huyo de todo aquello.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué? No tiene pinta de nazi.

—Soy un nazi de tipo bistec. Sólo tostado por fuera. Por dentro soy bastante rojo.

Eichmann miró por la ventanilla como si no soportase mirarme ni un segundo más.

—No me vendría mal un buen bistec —murmuró Kuhlmann.

—Entonces ha venido al sitio adecuado —dijo Fuldner—. En Alemania un bistec es un bistec, pero aquí es un deber patriótico.

Atravesamos los astilleros. La mayor parte de los nombres de los depósitos aduaneros y tanques de petróleo eran ingleses o americanos: Oakley & Watling, Glasgow Wire, Wainwright Brothers, Ingham Clark, English Electric, Crompton Parkinson y Western Telegraph. Delante de un gran depósito abierto, una docena de rollos de papel de prensa tan grandes como un almiar se hacían pasta bajo la lluvia matinal. Entre risas, Fuldner los señaló.

—Miren —dijo, casi en tono triunfante—. Ahí tienen el peronismo en acción. Perón no cierra los diarios de la oposición ni detiene a sus directores. Ni siquiera les impide que tengan papel de prensa. Sólo se asegura de que, cuando les llegue el papel, no sirva para imprimir. Ya ven, Perón tiene a todos los grandes sindicatos en el bolsillo. Así es el típico fascismo argentino.

Buenos Aires se parecía a cualquier capital europea anterior a la guerra, y olía igual. En medio del bullicio urbano, bajé la ventanilla y respiré con euforia los gases de los coches, el humo de cigarrillo, el olor a café, a colonia cara, a carne guisada, a fruta fresca, a flores y a dinero. Era como regresar a la tierra después de un viaje por el espacio. Daba la sensación de estar a un millón de kilómetros de Alemania, con su racionamiento, los destrozos de la guerra, el sentimiento de culpa y los tribunales aliados. En Buenos Aires había mucho tráfico porque abundaba el petróleo. La gente, despreocupada, se alimentaba y vestía bien porque las tiendas estaban repletas de ropa y comida. Lejos de ser un lugar atrasado, Buenos Aires era casi un retorno a la *belle époque*. Casi.

El piso franco estaba en el número 1429 de la calle Monasterio, en el distrito de la Florida. Fuldner decía que la Florida era la zona más elegante de Buenos Aires, aunque en el interior de aquel piso no se notaba. El exterior estaba protegido por un caparazón de pinos enormes y probablemente era un lugar seguro, porque desde la calle ni siquiera se veía. En el interior sí se veía, pero casi era preferible no verlo. La cocina era rústica, los ventiladores del techo estaban oxidados. El papel pintado era amarillo en todas las habitaciones, aunque no por diseño, y el mobiliario intentaba reintegrarse en la naturaleza, o eso parecía. Aquel piso venenoso medio en ruinas, vagamente fúngico, debió conservarse en un frasco de formol.

Me enseñaron un dormitorio con un postigo roto, una alfombra raída y una cama de latón cuyo colchón era tan

fino como una rodaja de pan de centeno, y más o menos igual de cómodo. A través de la ventana mugrienta, llena de telarañas, vi un jardín cubierto de jazmín, helechos y enredaderas. Había una fuente pequeña que no funcionaba desde hacía tiempo: una gata había parido varios gatitos en su interior, justo debajo de un canalón de cobre tan verde como sus ojos. Pero no todo eran malas noticias. Al menos disponía de una habitación sólo para mí. El baño en sí estaba repleto de libros antiguos, lo que no impedía que me bañase. Me encanta leer en el baño.

Ya había otro alemán alojado en el piso. Tenía la cara roja y abotargada, con ojeras abolsadas como un coy de cocinero naval. El pelo era de color paja y no menos desaliñado que ésta. Su cuerpo era delgado, con cicatrices que semejaban orificios de bala. No era difícil verlas, porque llevaba una reliquia de bata maloliente con un hombro al descubierto, a semejanza de una toga. En las piernas tenía unas varices enormes como lagartos fosilizados. Parecía un tipo estoico que acaso dormía en un barril, a juzgar por la botella de licor en el bolsillo de la bata y el monóculo en el ojo, que le confería un toque distinguido y elegante.

Fuldner lo presentó como Fernando Eifler, pero supuse que no era su nombre verdadero. Los tres sonreímos con cortesía pero nos invadió una misma idea: que si permanecíamos el tiempo suficiente en el piso franco, acabaríamos como Fernando Eifler.

—Hola, amigos, ¿no tendrán un cigarrillo? —preguntó Eifler—. Creo que se me han acabado.

Kuhlmann le dio uno y le ayudó a encenderlo. Entretanto, Fuldner se disculpaba por la miseria del lugar, recalcando que sólo era para unos días y que, si Eifler seguía ahí, era porque había rechazado todos los empleos que le ofreció la DAIE, la organización que nos había traído

a Argentina. Lo dijo con bastante naturalidad, pero nuestro nuevo compañero de piso se irritó visiblemente.

—No he recorrido medio mundo para trabajar —dijo Eifler con acritud—. ¿Por quién me toman? Soy un oficial alemán y un caballero, no un empleado de banco de pacotilla. La verdad, Fuldner, no sé cómo pretenden semejante cosa. Cuando estábamos en Génova, nadie nos dijo que tendríamos que trabajar para ganarnos la vida. Desde luego, yo no habría venido, si hubiera sabido que pretendían que me ganase el pan. Ya es bastante fastidioso tener que abandonar la casa familiar en Alemania para encima aceptar la humillación de estar bajo las órdenes de un jefe.

—¿Prefería caer en manos de los aliados, Herr Eifler? —preguntó Eichmann.

—La saga americana o el ronزال argentino —dijo Eifler—. No es mucha elección para un hombre con una trayectoria como la mía. Francamente, preferiría que me hubieran matado los Popov antes que sentarme todos los días a las nueve de la mañana delante de una mesa de oficinista. Es poco civilizado. —Sonrió fríamente a Kuhlmann—. Gracias por el cigarrillo. Por cierto, bienvenidos a Argentina. Y ahora, si me disculpan, caballeros. —Con una fría reverencia entró renqueante en su habitación y cerró la puerta.

—A unos les cuesta más que a otros adaptarse —dijo Fuldner, encogiéndose de hombros—. Sobre todo a los aristócratas como Eifler.

—Debía haberlo imaginado —dijo Eichmann con desdén.

—Lo dejo aquí con Herr Geller para que se acomoden —dijo Fuldner a Eichmann. Luego se dirigió a mí y añadió—: Herr Hausner, tiene una cita esta mañana.

—¿Yo?

—Sí. Vamos a la comisaría de policía en Moreno —dijo—. Al Registro de Extranjeros. Todos los recién llegados tienen que presentarse para obtener una cédula de identidad. Le aseguro que es un mero trámite rutinario, Herr Doctor Hausner. Fotografías y huellas, ese tipo de cosas. La necesitan todos para trabajar, por supuesto, pero para guardar las apariencias es mejor que no vayan todos a la vez.

Al salir del piso franco, Fuldner confesó que, aunque era cierto que todos necesitábamos una cédula de la comisaría local, no era ahí adonde íbamos en ese momento.

—Comprenda que tenía que decir algo —dijo—. No podía mencionar adónde vamos sin herir los sentimientos de ellos dos.

—No, sería terrible —dije mientras subía al coche.

—Y, por favor, cuando volvamos, por el amor de Dios, no les diga dónde hemos estado. Gracias a Eifler, ya hay bastante resentimiento en esa casa para que usted ponga la guinda.

—Claro. Guardaré el secreto.

—Tómeselo de guasa, si quiere —dijo mientras encendía el motor y arrancaba el coche—, pero yo soy el que se va a reír cuando descubra adónde vamos.

—No me diga que ya me van a deportar.

—No, de eso nada. Vamos a ver al presidente.

—¿Juan Perón quiere verme?

Fuldner se rió tal como había anunciado. Supongo que puse cara de idiota.

—¿Pero qué he hecho yo? ¿He ganado algún premio importante? ¿Soy el forastero más prometedor que acaba de llegar a este país?

—Aunque no lo crea, a Perón le gusta recibir personalmente a muchos oficiales alemanes que llegan a

Argentina. Siente predilección por Alemania y los alemanes.

—No se puede decir eso de todo el mundo.

—Al fin y al cabo es militar.

—Supongo que por eso lo nombraron general.

—Sobre todo le gusta recibir a los médicos. El abuelo de Perón era médico. Él también quería ser médico, pero acabó en la Academia Militar Nacional.

—Es fácil caer en ese error —dije—. Matar a gente en lugar de curarla. —Y vertiendo un par de cubitos de hielo en mi voz, añadí—: No crea que no me honra la deferencia del presidente, Carlos. Pero la verdad es que hace muchos años que no cojo un estetoscopio. Espero que no me pida un remedio para el cáncer o que le ponga al día de la última revista médica alemana. Al fin y al cabo, me he pasado los últimos cinco años escondido en la carbonera.

—Relájese —dijo Fuldner—. No es usted el primer médico nazi que presento al presidente. Y no crea que será el último. El hecho de que sea médico sólo indica que es un hombre culto, un caballero.

—Si la ocasión lo requiere, puedo pasar por un caballero —dije. Me abotoné el cuello de la camisa, me estiré la corbata y miré la hora—. ¿Siempre recibe a las visitas con el desayuno y el periódico?

—Perón suele estar en el despacho antes de las siete —dijo Fuldner—. Allí. La Casa Rosada. —Señaló el edificio de color rosa que se alzaba al otro lado de una plaza bordeada de palmeras y estatuas. Parecía el palacio de un marajá indio que había visto en una revista.

—Rosa —dije—. Mi color favorito para un edificio gubernamental. ¿Quién sabe? Es posible que Hitler siguiera en el poder si hubiera mandado pintar la Cancillería del Reich de un color más bonito que el gris.

—Este rosa tiene su historia —dijo Fuldner.

—No me la cuente. Me relajará pensar en Perón como un presidente que prefiere el rosa. Créame, Carlos, me tranquiliza mucho.

—Eso me recuerda una cosa que dijo antes. Cuando insinuó que era rojo, lo decía en broma, ¿no?

—He estado casi dos años en un campo de prisioneros soviético, Carlos. ¿Usted qué cree?

Bordeó el edificio hasta una entrada lateral, donde mostró un pase de seguridad a un guardia, y continuó hasta un patio central. Había dos granaderos apostados ante una escalera de mármol ornamentada. Con sombreros altos y sable en mano, parecían una ilustración de un cuento infantil tradicional. Observé la galería superior de estilogía que dominaba el patio, con la sensación de que aparecería en cualquier momento el Zorro para darnos una lección de esgrima. En cambio, vislumbré a una rubia menuda que nos miraba con interés. Llevaba más diamantes de lo que parecía decente a la hora del desayuno y un complejo tocado en forma de hogaza. Pensé en pedir prestado un sable para cortarme una rebanada si me entraba hambre.

—Es ella —dijo Fuldner—. Evita. La esposa del presidente.

—Algo me decía que no era la señora de la limpieza. Con todo el dineral que llevaba encima, parecía improbable.

Subimos la escalinata y entramos en un vestíbulo suntuosamente amueblado por donde pululaban varias mujeres. A pesar de que el gobierno de Perón era una dictadura militar, allí nadie iba uniformado. Cuando comenté este hecho, Fuldner me dijo que a Perón no le gustaban los uniformes; prefería cierto grado de informalidad, cosa un tanto chocante para algunos. También habría podido mencionar que las mujeres presentes en el vestíbulo eran muy bellas y que

seguramente Perón las prefería a las feas, en cuyo caso era un dictador con el que me identificaba. El tipo de dictador que habría sido yo si un sentido sumamente desarrollado de la justicia social y la democracia no hubiese obstaculizado mi propio deseo de poder y autocracia.

A pesar de lo que me había dicho Fuldner, parecía que el presidente no estaba todavía en su despacho. Y mientras aguardábamos su anhelada aparición, una de las secretarias nos sirvió café en una bandejita de plata. Luego fumamos. Las secretarias fumaban también. Todo el mundo fumaba en Buenos Aires. Al parecer, hasta los gatos y perros consumían veinte cigarrillos diarios. Después oí un ruido como de cortacésped al otro lado de los ventanales. Dejé la taza y fui a echar un vistazo. Justo en ese instante un hombre alto bajaba de un escúter. Era el presidente, aunque nadie lo diría al ver su modesto medio de transporte o su atuendo informal. Comparé a Perón con Hitler e intenté imaginar al Führer vestido con ropa de golf y montado en una Vespa de color verde lima por la Wilhelmstrasse.

El presidente aparcó el escúter y subió las escaleras de dos en dos, pisando los escalones de mármol con sus zapatos de cuero ingleses y un ruido como de golpes en el costal de un gimnasio. Por su pinta parecía un jugador de golf, con la gorra, el bronceado, el cárdigan de cremallera, los bombachos marrones y los calcetines gruesos de lana, pero tenía porte y complexión de boxeador. Con una estatura que no llegaba al metro ochenta, pelo oscuro peinado hacia atrás y una nariz más romana que el Coliseo, me recordaba a Primo Carnera, el peso pesado italiano. Tendrían también la misma edad, aproximadamente. Supuse que Perón rondaba los cincuenta y pocos. El pelo oscuro parecía lustrado y abrillantado a diario cuando los granaderos se limpiaban las botas de montar.

Una de las secretarias le entregó unos papeles mientras otra le abría las puertas dobles de su despacho, cuyo aspecto interior era autocrático en un sentido más convencional. Había multitud de bronce ecuestres, revestimiento de roble en las paredes, retratos todavía húmedos, lujosas alfombras y columnas corintias. Nos indicó que nos sentásemos en un par de sillones de cuero, soltó los papeles en una mesa del tamaño de un tabuquete y lanzó la gorra y la chaqueta a otra secretaria, que los apretó contra su pecho nada insustancial, de una manera que me hizo pensar que deseaba que no se los hubiese quitado.

Otra persona le trajo un café, un vaso de agua, una pluma de oro y una boquilla de oro con un cigarro ya encendido. Bebió un sorbo sonoro de café, se llevó la boquilla a los labios, cogió la pluma y empezó a estampar su firma en los documentos que le habían entregado. Yo estaba lo suficientemente cerca para prestar atención al estilo de la firma: una «J» mayúscula con florituras egoístas, un trazo final agresivo y vistoso en la «n» de Perón. Al ver su letra, hice una rápida evaluación psicológica del hombre y concluí que era un tipo neurótico, retentivo anal, que prefería que la gente entendiese lo que escribía. No como un médico, desde luego, me dije con alivio.

Disculpándose en un alemán casi fluido por habernos hecho esperar, Perón nos acercó una pitillera de plata. Luego nos dimos la mano y noté una dura prominencia en el carpo del pulgar, cosa que me hizo pensar de nuevo en un boxeador. Eso, y las venas rotas bajo la fina piel de los pómulos prominentes, y la dentadura postiza delatada por su sonrisa fácil. En un país donde nadie tiene sentido del humor, el hombre sonriente es el rey. Yo también le sonreí,

le di las gracias por su hospitalidad y luego lo felicité en español por su dominio del alemán.

—No, por favor —respondió Perón, en alemán—. Me encanta hablar en alemán. Me viene bien practicar. Cuando era cadete en la academia militar, todos los instructores eran alemanes. Fue antes de la Gran Guerra, en 1911. Había que aprender alemán porque las armas eran alemanas y todos los manuales técnicos estaban en alemán. Incluso aprendimos a desfilar con el paso de la oca. Todos los días a las seis de la tarde mis granaderos desfilan con el paso de la oca hasta la Plaza de Mayo para arriar la bandera del mástil. La próxima vez que vaya, intente que sea a esa hora y lo verá.

—Así lo haré, señor. —Dejé que me encendiese el cigarrillo—. Pero creo que mis tiempos del paso de la oca se han acabado ya. Ahora lo máximo que puedo hacer es subir un tramo de escaleras sin quedarme sin aliento.

—Yo también. —Perón sonrió—. Pero intento mantenerme en forma. Me gusta montar a caballo y esquiar cuando tengo ocasión. En 1939 fui a esquiar a los Alpes, en Austria y Alemania. Por aquel entonces, Alemania era maravillosa, una maquinaria bien lubricada. Era como estar dentro de uno de esos imponentes automóviles Mercedes-Benz. Suave, potente y fascinante. Sí, fue un momento importante de mi vida.

—Sí, señor. —Seguí sonriéndole, como si estuviese de acuerdo con él en todo lo que decía. Lo cierto es que me horrorizaba ver soldados desfilando con el paso de la oca. Para mí era una de las visiones más desagradables del mundo; algo terrorífico y ridículo que suscitaba la hilaridad del espectador. Y en cuanto al año 1939, había sido un momento importante para la vida de todo el mundo. Sobre todo para los polacos, franceses, británicos e incluso para los alemanes. ¿Quién olvidaba en Europa el año 1939?

—¿Y cómo van las cosas en Alemania ahora? —preguntó.

—Para la gente corriente, bastante bien —respondí—. Pero depende de la zona en la que uno esté. Lo peor es la zona de ocupación soviética. Las cosas son siempre más difíciles allá donde están a cargo los rusos. Incluso para los rusos. La mayoría de la gente sólo quiere olvidarse de la guerra y seguir adelante con la reconstrucción.

—Es increíble lo que se ha conseguido en tan poco tiempo —dijo Perón.

—Bueno, no sólo me refiero a la reconstrucción de nuestras ciudades, señor. Aunque por supuesto eso es importante. No, me refiero a la reconstrucción de nuestras creencias e instituciones más fundamentales. Libertad, justicia, democracia. El Parlamento. Una fuerza policial justa. Un sistema judicial independiente. Cuando todo eso se haya recuperado, puede que recuperemos algo de dignidad.

—Debo decir que no parece usted nazi —dijo Perón entrecerrando los ojos.

—Han pasado cinco años, señor, desde que perdimos la guerra —repliqué—. No tiene sentido pensar en lo que se perdió. Alemania necesita mirar al futuro.

—Eso es lo que necesitamos en Argentina —dijo Perón—. Mirar hacia delante. Un poco de dinamismo alemán, ¿no le parece, Fuldner?

—Desde luego, señor.

—Disculpe que le diga esto, señor —dije—, pero por lo que he visto hasta ahora, Alemania no tiene nada que enseñar a Argentina.

—Éste es un país muy católico, Doctor Hausner —me dijo—. De costumbres muy arraigadas. Necesitamos un poco de pensamiento moderno. Necesitamos científicos. Buenos gestores. Técnicos. Doctores como usted. —Me dio una palmadita en el hombro.

En ese momento entraron tranquilamente en el despacho dos caniches, envueltos en un fuerte olor a perfume caro, y por el rabillo del ojo vi también a la rubia de los diamantes y el peinado de Kudamm. Con ella venían dos hombres. Uno de mediana estatura con el pelo rubio, bigote y aspecto tranquilo sin pretensiones. El otro tendría unos cuarenta años, pelo grisáceo, gafas oscuras de montura gruesa, barba corta y bigote, pero físicamente era más fuerte. En él había algo que me hizo pensar que era policía.

—¿Piensa volver a ejercer la medicina? —me preguntó Perón, y añadió—: Seguro que podemos ayudarle a que se establezca aquí. ¿Rodolfo?

El joven que estaba junto a la puerta descruzó los brazos y se apartó de la pared. Lanzó una mirada fugaz al hombre de la barba.

—Si la policía no tiene ninguna objeción —dijo el joven Rodolfo. Su alemán era tan fluido como el de su jefe.

El hombre de la barba negó con la cabeza.

—Le pediré a Ramón Carrillo que estudie la posibilidad, ¿de acuerdo, señor? —dijo Rodolfo. Del bolsillo de su traje, de raya diplomática bien cortado, sacó un cuaderno de piel y anotó algo con un portaminas de plata.

—Sí, por favor —asintió Perón, dándome una segunda palmadita en el hombro.

A pesar de su declarada admiración por el paso de la oca, el presidente me cayó bien. Me cayó bien por su escúter y sus ridículos bombachos de golf, por sus manos de boxeador y sus estúpidos perritos, por su cálida acogida y la informalidad de su entorno. Y, ¿quién sabe?, tal vez me cayó bien porque necesitaba que alguien me cayese bien. A lo mejor por eso mismo era presidente, no lo sé. Pero había algo en Juan Perón que me indujo a arriesgarme con él. Por ello, después de fingir durante varios meses ser otra

persona que fingía ser el doctor Carlos Hausner, decidí revelarles mi verdadera identidad.

Dejé el cigarrillo en un cenicero, tan grande como el cubo de una rueda, en la espaciosa mesa del presidente. Junto al cenicero había una caja de piel de la joyería Van Cleef & Arpels, de esas que se-rían por sí solas un regalo sensacional. Supuse que el contenido de la caja iba prendido en la solapa de la rubia. La mujer jugueteaba con los perros cuando inicié mi monólogo grandilocuente. Tardé sólo un minuto en captar su atención. Cuando me animo, puedo resultar más interesante que cualquier perrito. Además, supongo que no todos los días aparecía alguien en el despacho del presidente para decirle que se había equivocado.

—Señor presidente —dije—. Creo que debo comunicarle algo importante. Como éste es un país católico, tal vez pueda llamarlo confesión. —Al ver la palidez de sus caras, sonreí—. No tema, no voy a contarle todas las cosas terribles que cometí durante la guerra. Hubo cosas de las que no me enorgullezco, claro está, pero no cargo en mi conciencia con las vidas de hombres o mujeres inocentes. No, mi confesión es algo mucho más vulgar. Mire, no soy médico, señor. Hubo un médico en Alemania. Un tipo llamado Gruen. Quería marcharse a vivir a América, pero le preocupaba que algún día averiguasen lo que había hecho durante la guerra. De modo que, para evitar el mal trago, hizo creer a la gente que yo era él. Luego comunicó a los israelíes y a los investigadores aliados sobre crímenes de guerra dónde po-dían encontrarme. Comoquiera que fuese, convenció tan bien a todo el mundo de que yo era él que me vi obligado a huir. Al final recurrí a la ayuda de viejos camaradas de la Delegación Argentina de Inmigración en

Europa. Carlos, aquí presente. No me malinterprete, señor, estoy muy agradecido por haber venido a este país. Me costó convencer a un escuadrón de la muerte israelí de que yo no era Gruen y me vi obligado a dejar a dos de ellos muertos en la nieve cerca de Garmisch-Partenkirchen. Así que, como ve, no soy el fugitivo que usted cree. Y no soy ni he sido nunca médico.

—Entonces, ¿quién demonios es usted en realidad? —Era Carlos Fuldner, y parecía irritado.

—Mi verdadero nombre es Bernhard Gunther. Estuve en el SD. Trabajaba en el servicio de espionaje. Me capturaron los rusos y me recluyeron en un campo, pero luego escapé. Antes de la guerra era policía. Detective del cuerpo policial de Berlín.

—¿Ha dicho detective? —Era el hombre de la barba corta y las gafas tintadas. El que yo había identificado como policía—. ¿Qué clase de detective?

—Trabajaba sobre todo en homicidios.

—¿Cuál era su categoría? —preguntó el policía.

—Cuando se declaró la guerra en 1939, era KOK. Kriminal Ober-Kommissar. Inspector jefe.

—Entonces se acordará de Ernst Gennat.

—Por supuesto. Era mi mentor. Me enseñó todo lo que sé.

—¿Cómo lo llamaban los periódicos?

—Ernst *el Rollizo*. Debido a su corpulencia y su afición a los pasteles.

—¿Y qué fue de él? ¿Lo sabe?

—Fue subdirector de la policía criminalista hasta su muerte en 1939. Murió de un infarto.

—Lo siento.

—Demasiados pasteles.

—Gunther, Gunther —dijo, intentando sacudirse una idea de la cabeza como quien agita la rama de un manzano que